

David Trueba

Saber perder



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración: «SMS: posar-li memòria al temps», Josep Santilari, 2005,
(detalle), cortesía de la Galería Artur Ramon, Barcelona

Primera edición: febrero 2008

© David Trueba, 2008

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2008

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7167-8

Depósito Legal: B. 943-2008

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Segunda parte

«¿Es esto amor?»

Para evitar las escaleras del instituto, Sylvia utiliza el ascensor de profesores. Esta mañana, al llegar, se ha subido a la carrera don Octavio, el de matemáticas, siempre estirado, la falta de movilidad en el cuello le obliga a volverse de cuerpo entero para mirar hacia los lados. Al ver la escayola le ha preguntado ¿cuánto tiempo tienes que llevarla? Un coñazo, creo que me la quitan en una semana. Ah, lo mío es peor, es para siempre. Y se ha señalado el cuello agarrotado. ¿Fue un accidente?, le preguntó Sylvia. No, es una cosa llamada enfermedad de Bertchew. Supongo que cuando el señor Bertchew fue al médico y le dijeron que sufría la enfermedad de Bertchew se quedaría bastante acojonado, ¿no? Se rió él solo, Sylvia le acompañó con una sonrisa tardía. Se bajó en la planta anterior a ella. Pasa un buen día. Usted también.

Durante el recreo Sylvia permanece en el aula. Mai se ha sentado sobre su mesa y apoya las botas en el filo de la silla de Sylvia. El talón de la escayola reposa en un pupitre cercano. Sylvia ha logrado una soltura notable con las muletas. Se apoya en ellas cuando está de pie, detenida, con el pliegue de la rodilla en el asa, las reúne al sentarse como si fueran ligeras, pesca su mochila del suelo sujetándolas por el extremo inferior y por la calle aparta algún papel o lata abandonada en la acera como

si jugara al hockey. La inactividad le ha dado tiempo para estar sola. Sus días, antes del accidente, dependían casi en exclusiva del horario de clase, de los planes de Mai. Volvían juntas del instituto, quedaban por las tardes, iban a su casa, se encerraban en la pocilga a oír música o se sentaban en el portal a charlar.

Las últimas semanas, en cambio, habían tenido algo de retiro. Se tumbaba en la cama con los auriculares y la vista fija en las estrellas adhesivas fosforescentes que había colocado años atrás, cuando el techo de su habitación aspiraba a no tener límites. Había leído por primera vez en su vida por el gusto de seguir una historia, de involucrarse en lo ajeno. Había vencido esa ansiedad que en otros intentos por leer siempre la arrastraba hacia sus propias preocupaciones. Terminó la novela que Santiago le había regalado en seis días de lectura prolongada, a veces hasta que un ojo se le enramaba y la hacía sentir un roce de arenilla al parpadear. Luego buscó en las estanterías del despacho de casa, leyó primeras líneas de otras novelas y en un error fatal le preguntó a su padre ¿qué me puedo leer? Veinte minutos anduvo Lorenzo a tumbos entre los libros, de propuesta en propuesta, con entusiasmo confuso, hasta que le tendió un grueso novelón escrito por una mujer, yo no lo he leído, pero a tu madre le encantó. Pilar siempre llevaba un libro en el bolso para leer camino del trabajo.

Cuando Sylvia habló por teléfono con su madre le dijo que se había terminado la novela que Santiago le había regalado. Ese fin de semana, cuando vino a visitarla, Pilar le trajo otro libro, de parte de Santiago. Te lo ha dedicado, a él le daba vergüenza pero yo insistí. Sylvia lo abrió por la primera página. «A veces un libro es la mejor compañía.» Tiene una letra rara, pero bonita, le dijo a su madre.

El primer día de la vuelta a clase la rodearon los compañeros. Alguna hasta le dio dos besos. Le firmaron la escayola, unos, como Nico Verón, con obscenidades: «¿Qué tal se folla con escayola?»; otras, como Sara Sánchez, con cursilería: «De

una amiga que te ha echado de menos»; y alguno con surrealismo sobrenatural, como Colorines, que escribió: «arriva España». Esa primera mañana la escayola terminó como un mural de grafitis, lleno de firmas de quinceañeros. Dani también se acercó a la clase y hablaron un rato en presencia de Mai, hasta que él se atrevió a proponer si quieres voy una tarde a hacerte compañía. Cuando quieras, respondió Sylvia. Dani se fue y Mai soltó su diagnóstico. Éste está colgado de ti.

Dos días después, Dani la visitó en casa. Sylvia tardó en abrir, su padre se acababa de marchar. Dani se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el mueble. Sylvia se tumbó en la cama, reclinada. Hablaron de las clases, de algún concierto cercano, de alguna película reciente. De la paliza que dos skins le habían dado al Erizo Sousa el viernes pasado. Dani trajo dos cervezas de la nevera y Sylvia le preguntó ¿te gusta el fútbol? Dani se sorprendió por la pregunta. Sólo las finales, dijo luego. Cuando alguien pierde y lloran por el suelo y ya no parecen todos tan chulos y tan seguros de sí mismos. Sylvia había visto anunciado en televisión que esa tarde el equipo de Ariel jugaba en Turquía. Se quedaron en silencio y Dani dijo de pronto me he comido mucho el coco con lo del día de tu cumpleaños. Perdona, fui una imbécil. No, yo me sentí ridículo, dijo él. ¿Por qué? No sé.

Después de una pausa, Sylvia golpeó el colchón a su lado. Ven, sube. Dani tardó en acomodarse y al sentarse junto a ella rozó su cuerpo. Sylvia le dirigió para que se tumbara sobre ella. Se besaron durante un largo rato, él se sumergía bajo su pelo, al respirar le humedecía el cuello. Sylvia posaba sus manos sobre la espalda de él. Sus cuerpos se movieron acompasados, él con cuidado de no desplazar la escayola ni cargar todo su peso sobre ella. Sus entrepiernas comenzaron a frotarse. Sylvia notó la excitación de él a través de la ropa. Dani le subió la camiseta hasta el cuello y le besó los senos, que sacó del sujetador. Sylvia estaba incómoda con la camiseta enredada en su cuello y el

elástico del sujetador bajo las axilas, pero le excitaba la fricción y algún mordisco húmedo de él. Sylvia sumergió su mano bajo el pantalón de Dani y le recorría el culo con las uñas. Hacían el amor vestidos, sin detenerse. La ropa los protegía. Sylvia, con una presión intensa de sus muslos, aferraba a Dani cuando se derramó con un estertor.

Se rieron de la mancha húmeda de él en torno a su bolsillo. Con el abrigo no se notará. ¿Quieres lavarte?, le dijo Sylvia. No, mejor me voy. No tardó en irse. Sylvia se dio cuenta del cambio que experimentaba Dani después de correrse. Pasaba de un ardor irrefrenable a una fría incomodidad. Era como si aterrizara en la realidad con una sacudida brusca. Pasaba de flotar inerte a tener conciencia de dónde estaba, de qué había ocurrido, de quiénes eran, de que la tierra giraba sobre su eje y de que en Canarias era una hora menos. Ella no. Sylvia hubiera querido quedarse un rato entrelazada, que él enredara un dedo en su rizo favorito, que la besara aunque la saliva tuviera un gusto menos cálido tras el orgasmo. Pero se había quedado a solas sin apenas darse cuenta.

Su padre regresó tarde y la encontró leyendo. Reparó en que era un libro diferente al de su laboriosa recomendación. ¿No tienes sueño? Olía a humo y a fútbol entre amigos. ¿Quién ha ganado? Nosotros, dijo Lorenzo. ¿Y el argentino ese que tan mal te cae, qué tal ha jugado? Bah, no ha estado mal. Sylvia terminó un capítulo antes de quedarse dormida.

Al día siguiente Dani no era capaz de sostenerle la mirada. Se sentó con Mai y con ella un rato en la clase y desapareció antes de que terminara el descanso. Sylvia tuvo entonces ganas de decirle tranquilo, no estoy enamorada de ti, pero quizá él ya lo sabía. Sylvia se sentía de nuevo estúpida por la escena, pero calmada, sin ganas de profundizar en la relación.

Ahora, Sylvia escuchaba a Mai contarle los últimos percalces de la relación con su chico. Mateo quería sumarse a una marcha antiglobalización en Viena y le había pedido que le

acompañara. Puede ser romántico, ¿no? Un viajecito juntos. Sylvia no dice nada. Está pensando en Ariel.

La tarde anterior, después de semanas, había recibido un mensaje de él. Le pedía su dirección. Sylvia se la envió y luego corrió a cambiarse de ropa. Creyó que él se presentaría en la casa. Se mantuvo en tensión más de dos horas, se cambió seis veces de camiseta para decidirse al final por un grueso jersey sobre el sujetador. Decidió que tenía el pelo sucio y se hizo y deshizo la coleta tantas veces que le dolían las muñecas. Cuando sonó el timbre estuvo a punto de gritar.

Tras la puerta apareció un peruano que sostenía un ramo de flores. Sylvia le firmó el recibo de entrega con un garabato decepcionado y se quedó a solas con el ramo. Lo dejó sobre la mesa. Había un sobrecito con su nombre y dentro una tarjeta escrita: «Acéptalo, por favor, con un millón de excusas y un beso. Ariel». A su lado, doblado por la mitad, un cheque al portador de doce mil euros. Sylvia se dejó caer en el sofá. El ramo era enorme, excesivo, impersonal. El roce del jersey sobre la piel la excitaba. Rompió el cheque en pedazos tan diminutos como el confeti y lo dejó caer en el cenicero con ánimo de fin de fiesta.

Algo después le envió un mensaje: «Las flores son preciosas, el cheque lo he roto. No hacía falta.» Apenas un segundo después sonaba su teléfono. ¿Estás loca? Tenés que aceptarlo, es lo mínimo que puedo ofrecerte. Sylvia le interrumpió. Deja de sentirte culpable conmigo. Fue un accidente y ya está. Ariel dijo algo del seguro, pero Sylvia no le dejó continuar. Tu amigo se ha ocupado de todo. Eso me ha dicho mi padre. Lo han arreglado entre ellos. Aquel tu amigo sonó feo, duro. Hubo una pausa, que Sylvia rompió. Ni siquiera me has invitado a verte en un partido. Ariel le preguntó si le gustaría. Ella dijo sí. Mejor que un cheque. Capaz que creí... Ya, ya sé lo que creíste. Que a lo mejor se me ocurría aprovecharme de que eres famoso y sacarte la pasta. Pues no, ya puedes quedarte tranquilo.

Al otro lado de la línea sólo se escuchó la respiración de Ariel. Este domingo jugamos acá, le dijo. ¿Te dejo dos pases? ¿Dos te va bien? Sí, asintió Sylvia. ¿Y si marcas un gol me lo dedicarás? Ariel se rió. No creo que marque. Pero si marcas cómo sabré que me lo dedicas. No sé, pero ya te digo que no creo que marque. Podrías levantar los cinco dedos en el aire, por las cinco semanas que me voy a pasar con la puta escayola. Hecho. Las flores son bonitas, ¿las elegiste tú o en el club también hay un empleado que es el que se dedica a elegir las flores?, preguntó ella.

Al cortar la comunicación Sylvia sintió un extraño poder. Siempre había sido la menor del grupo, acostumbrada a dejarse mandar, organizar, con amigos más mayores que imponían su autoridad. Sobre Ariel llevaba la iniciativa. Se permitía despreciar su cheque, bromear, mirar con ironía el ramo de flores. Un ramo de flores.

Por la tarde, le llevó el ramo de flores a la abuela Aurora. Son preciosas, tu abuelo antes solía traerme flores cada domingo, de una gitana que se ponía junto al kiosco. Pero se fue la gitana y se acabaron las flores, ya ves.

Sylvia volvió con su padre a casa. Mientras él conducía le dijo me han pasado dos entradas para el fútbol este domingo, ¿quieres venir? ¿Contigo?, preguntó él, extrañado. Sí, conmigo. ¿Y quién te las ha dado? ¿Quieres venir o no? Sylvia sonrió sin mover un músculo de la cara.

Cuando el tiempo de recreo acaba y el aula se llena de nuevo, Mai se arrastra perezosa lejos de su amiga, rumbo a la clase, que está en el piso superior. Luego te acompaño a casa. Sylvia reacomoda su escayola para dejar paso entre los pupitres. Nadia le ofrece el último mordisco de un bollo. Colorines más que sentarse se derrumba en su asiento con un bufido de sopor anticipado. El profesor de ciencias entra y cierra la puerta tras de sí, aunque aún faltan por llegar dos o tres rezagados. ¿Qué tal?, pregunta desde su mesa. Pero nadie responde.

Algunas veces seguía a una mujer hermosa que se cruzaba por la calle. A quince pasos de distancia degustaba su andar, su contoneo, sus formas, su prisa. Especulaba con su edad, su tipo de vida, sus relaciones familiares, su empleo, fija la vista en el pelo ondulado sobre el cuello o al acecho de un perfil. Le bastaba compartir con ellas una misma dirección para conocerlas, acompañarlas varias calles para hacerles el amor. En ocasiones se perdían en un portal, en un coche, descendían a la boca del metro o entraban en un comercio y Leandro aguardaba en la acera de enfrente como un enamorado paciente. A veces había seguido a una mujer por los corredores de El Corte Inglés, incapaz de determinar lo que buscaba, y la estudiaba a través de los estantes, planta tras planta, y saboreaba su rostro dibujado con ese aire ausente de alguien que compra sin saberse mirado. Se conformaba con apreciar la armonía de unos labios, el roce de un jersey sobre la forma del seno o el velo y desvelo de una rodilla en juego con la falda. Terminaba a veces en un barrio extraño donde la mujer se besaba con un hombre o se unía a otro grupo de mujeres, después del trayecto en autobús tras la estela sensual que desaparecía de pronto al socializarse ella, al terminar su estado de soledad.

Mirar era admirar. Mirar era amar. Pero nunca el sexo obsesivo se había adueñado de Leandro como ahora. Nunca se había sentido dominado por el instinto, incapaz de controlar el deseo. Nunca había asistido a su pulsión sexual mañana, tarde y noche. El sexo a todas horas. Bastaba el destello de un objeto para devolverle el brillo de la piel de Osembe o un volumen para traerle sus muslos musculados o el leve balanceo de la materia viva para recordarle sus senos o el rosado intenso pintado en cualquier lugar para sugerir las palmas de sus manos. Cualquier accidente era sexo. Cualquier gesto era sexo. Cualquier oscilación era sexo. El redondeo de una fría cacerola, la forma

de una botella posada en la mesa, el envés de una cuchara. Sexo. Sexo al despertar excitado, a solas en su cama. En la ducha de la mañana que le recordaba la ducha rápida del chalet antes y después de hacer el amor. Sexo al mediodía cuando se aproximaba la hora habitual de acudir a su encuentro. Sexo a la noche cuando volvía a su cama arrepentido de todo pero el tacto de las sábanas lo excitaba de nuevo.

El miedo era sexo también. La falta de dominio. La obsesión. La vergüenza era sexo. La caída le excitaba. El precipicio que intuía tras su persecución incomprensible de un placer que no le correspondía y sin embargo gozaba cada tarde. Cada tarde porque después de las dos primeras semanas en que a cada encuentro le seguían al menos cuarenta y ocho horas de angustia, arrepentimiento y ensayo de olvido, las defensas se habían venido abajo. En la última semana sólo faltó un día. Sábado y domingo también acudió. Pese a la lluvia persistente de la última semana de noviembre que arrastró la contaminación y la suciedad de la calle hasta dejarla destellante a la luz de los faros. A las seis de la tarde, puntual como un empleado, llamaba al timbre de la puerta metálica que se le abría con un gruñido.

Osembe le recibía en ropa interior un día, vestida de calle otro. Cambiaba la ceremonia de desnudarse, pero el proceso era el mismo. El viejo cuerpo de Leandro asediando la fortaleza de ella. En Benin trabajaba en un puesto del mercado y los fines de semana solía divertirse en la playa. Allí había empezado a ganar un dinero extra por subir a las habitaciones de turistas o por acompañarlos a las discotecas. Explicó a Leandro que el primer español al que conoció fue un ingeniero que trabajaba para una ONG. Andoni, muy borracho, pero me trataba con amor. Él le habló por primera vez de España. Trabajaba en el Delta, en un proyecto de renovación ecológica y descontaminación, pero cada vez que estaba en Benin se encontraban. Su hermana tenía un negocio de artesanía africana en Vitoria y Osembe le ayudaba a conseguir un buen precio por piezas que cargaba en un enorme

contenedor una vez al mes. Al llegar a Madrid lo llamé. Le vi un día, explicó Osembe. Me dio un poco de dinero y luego me pidió que no lo llamara más. Tiene novia aquí. También conoció a otro español del consulado en Lagos, un guardia civil que le regaló una camiseta del Real Madrid para su hermano pequeño y unos pendientes para ella. Follábamos dos días a la semana en el Sofitel Ikoyi. Los españoles son muy cariñosos.

En ocasiones Osembe pronuncia un nombre: Festus. Leandro le pregunta, pero ella nunca precisa. Es quien la trajo a Madrid. Pero nada más. Si Leandro pregunta ¿tienes chulo?, ella se ríe, como si fuera una pregunta ridícula. Aquí voy a mitad con la casa. ¿Es tu novio? ¿Te vas a casar con él? Más risa. No, con él, qué horror. No, ya te dije, los africanos no son buenos maridos. Leandro la interroga por las pulseras doradas, por los anillos, el collar que se cierra en torno a su cuello y que a veces se quita con delicadeza y posa en la mesilla. Me gustan las joyas, dice, pero nunca reconoce que sean regalo de alguien. Yo gano mi dinero. También cambia de peinado con frecuencia, cuenta que pasó catorce horas de su día libre para que una amiga le hiciera las trenzas. La ropa interior es elegida, de colores llamativos, a veces a juego con las uñas de fantasía que terminan quebradas y sin brillo.

Entra en el cuarto de Aurora con una infusión de manzanilla que humea en la taza. Le pone azúcar y mermelada a la tostada que ella tomará con minúsculos bocados. Leandro acaricia el mechón blanco con destellos grises que cae hacia un lado de la cara de su mujer. Ayer vino su nieta y lavó el pelo de Aurora en una palangana de agua humeante sobre el colchón, con un masaje relajante de sus manos delicadas, y hoy el pelo brilla al contacto de la luz. Tengo que ir al banco, le dice. Luego subo a leerte. Abandona el cuarto después de sumirlo en la zarabanda alegre de un capricho de Mozart que emite en ese instante la Radio Clásica.

En la calle le recibe un sol intenso que no aplaca el frío. Un

barrendero fuma un pitillo junto al cubo, la pala y el cepillo de cerdas. Lee un periódico deportivo arrugado que ha perdido el color y escupe un esputo verde en la calzada. En la avenida ya han colocado los adornos luminosos de Navidad. Cada vez antes, comenta alguien todos los años. Recorre los escaparates de las sucursales bancarias. Alcanza a ver a los empleados atareados en sus despachos entre paneles con anuncios de ofertas económicas presentados con imágenes amables y clientes que esperan como peces en urnas sin agua.

Días atrás se encerró con Osembe y dos chicas más, una recién llegada de Guatemala con un trasero enorme y unos preciosos ojos tristes y una valenciana, a la que ya conoció el primer día, y que le explicó que era la más antigua del chalet. Se acababa de aumentar los pechos y los exhibía firmes, plásticos, y se derramaba champagne por ellos durante la fiesta que organizaron. Leandro se fijó en el crucifijo de ella, dorado, tan fuera de lugar que resultaba cómico en esa nada solemne ceremonia que se alargó casi tres horas. Desnudo entre aquella carne en plenitud, acariciado por manos distintas, voces susurrantes de tres continentes, sonrisas limpias, se creyó por un instante rey del mundo. Vaciaba su copa sobre la piel de las chicas y luego lamía sus cuerpos. Borracho y algo febril, Leandro salió al frío de la calle, convencido de que la espiral que lo engullía era una reacción contra la vida moderada y formal que había llevado. Esa tarde pagó el exceso con la tarjeta de crédito. Tres días después recibió la llamada de su banco. Una voz femenina de heladora amabilidad le dijo que los fondos habían sido cubiertos por la entidad, aunque superaban su saldo, por lo que era urgente que pasara por la oficina para reponer las cantidades. Era casi la hora de cierre y en voz muy baja Leandro respondió, mañana mismo, mañana mismo iré.

Leandro aguarda en la fila frente a la caja mientras una anciana trata de poner al día su cartilla, sin apenas vista, con confianza ciega en la amable señorita que le enuncia el saldo. El di-

rector de la sucursal toca el hombro de Leandro y le saluda con cordialidad postiza. Lo invita a su despacho y al ofrecerle una silla dirige una señal a otra de las empleadas. Hablan de la Navidad cercana, del clima, de la sierra al parecer ya cubierta de nieve, mientras Leandro piensa que, de ser un animal, el director sería un mosquito, desconfiado y nervioso. Cuando pregunta a Leandro por su mujer, la conversación se torna grave. Mal, la verdad, no sé si sabe que se partió la cadera hace un mes... Vaya por Dios, no sabía nada, ¿cómo se encuentra? Pues bastante floja, dice Leandro, y deja que la pausa se alargue, la recuperación está siendo tan larga y problemática.

Leandro le explica que Aurora tiene que volver a aprender a andar, como si fuera un niño, pero que las fuerzas no le responden. El otro día se empeñó en incorporarse pero fue incapaz. No puede sostenerse. El médico que la visitó aquella mañana quiso ser tranquilizador. Es un proceso normal, necesita reposo. Pero Aurora se vino abajo, esa misma tarde le susurró a Leandro, sería mejor que me muriera ahora. Leandro la tomó de la mano y le acarició la cara. Le habló durante largo rato y eso pareció animarla.

La empleada posa ante los ojos del director un extracto de los últimos movimientos de la cuenta de Leandro. La alarma que se dibuja en los ojos del director es desactivada por Leandro. Mi mujer se está muriendo, mi obligación es gastar hasta la última peseta de mis ahorros en todo aquello que le alargue la vida o que por lo menos la ayude a no sufrir. El director hace notar la salida casi constante de dinero de cajeros automáticos, los cargos excesivos en la tarjeta de crédito. Leandro no dice mucho, tan sólo nombra enfermeras, medicamentos caros, segundas opiniones en clínicas privadas. No dice putas, masajes, baños de espuma, caricias pagadas. Echa mano de su cartera y propone tapar el descubierto, pero el director le detiene, ni hablar, ni hablar, no hay prisa. Las personas están antes que los números, al menos en este banco.

Leandro miente con naturalidad, le resulta sencillo dejarse arrastrar. El director saca una calculadora y garabatea varias cantidades. Le propone a Leandro un crédito extraordinario que pueda ayudarlo durante los siguientes meses. Podríamos tomar su vivienda como aval, una parte, a lo mejor sólo el cincuenta por ciento, y garantizarle la liquidez que pueda permitirle estar tranquilo de cara a la enfermedad de su mujer. Y si no, no sé si conoce nuestra oferta de hipotecas reversibles.

Leandro duda. No estoy seguro, tendría que consultarlo, dice. Aquí, por supuesto, le vamos a ofrecer las mejores condiciones del mercado, le asegura el director. Ya, pero mi pensión es tan ridícula. Me da miedo embarcarme en algo a estas alturas... No, don Leandro, por favor. Déjeme que le explique cómo funciona nuestro sistema crediticio.

Sale de la sucursal con la operación bancaria simulada escrita en un papel. Piensa que toda una biografía se resume en el cruce de cuatro o cinco cifras. Le han entregado el extracto de sus últimos movimientos y Leandro siente una punzada humillante al reconocer el nombre fingido del prostíbulo. Cada tarde con Osembe, cada exceso, aparece anotado. Una cantidad nimia corresponde a las entradas para el concierto de Joaquín Satrústegui que compró Aurora por teléfono hace unos días, al final se empeñó en sacarlas. Luego los gastos de la casa, las facturas. Pero entre todas destacan, acusadoras, las disposiciones de dinero para el vicio. Le envilece aún más la mirada del director al verlo salir de la sucursal, esa especie de condescendencia, de respeto, de piedad.

Si supieran.

Si supieran, piensa, los que al mirarlo aprecian al viejo honrado que asiste con amargura a la enfermedad de su esposa, a la honesta decadencia de la vejez, si supieran que esconde el vértigo de la degradación moral. Si lo supieran como él lo sabe. Como sabe que esa tarde volverá al chalet sobre las cinco y media y se concederá media hora de dudas, se atormentará con la

culpa anticipada, pero pulsará el timbre de la puerta metálica y escudriñará por el cristal esmerilado del saloncito la llegada de Osembe, su zancada larga, su último saltito en el escalón final, su sonrisa de dientes alineados al descubrirlo, una tarde más, puntual y vencido.

Quizá por todo ello, y también porque al volver de la calle encuentra a Aurora más frágil y más sombría que nunca, al tumbarse junto a ella en la cama, en lugar de consolarla, rompe a llorar. Es un lloro lento, sordo, de viejo roto por dentro. En la radio suena el adagio del «Emperador» de Beethoven, un poco *mosso*, y Aurora le recuerda que a veces, hace mucho tiempo, se atrevía a tocarlo para ella. ¿Te acuerdas? ¿Cuándo fue la última vez que lo tocaste? No, si sólo me sabía el comienzo, se disculpa él. Sí, ya me acuerdo, cuando Lorenzo decidió dejar los estudios y yo estaba hundida y a ti parecía darte igual y me dijiste aquello de que no había que culpar a la gente porque elijan una vida diferente a la que tú elegirías para ellos. Y yo estaba triste y tú tocaste para mí. Aurora seca las lágrimas del rostro de Leandro con sus dedos suaves y finos, lo hace sin poder volverse hacia él. Luego se toman de las manos, tumbados sobre el colchón, y ella le dice no tengas miedo, todo se va a arreglar, ya verás como me voy a recuperar. ¿Por qué los hombres sois siempre tan cobardes?

¿Por qué le tenéis miedo a todo?

3

Su asiento de tribuna en el estadio está casi a ras de campo, con el césped ante sus ojos como una alfombra húmeda y mu-llida. El fútbol no parecía tan sencillo desde allí. La pelota más ingobernable. Los espacios mínimos. Los jugadores humanos. Se apreciaba el sudor, se escuchaba su gemido en un encuentro o el silbido para pedir el balón. Al lado de Lorenzo está

sentada Sylvia, la pierna escayolada. En cada respiración sale vaho de su boca. Abrígate, le había dicho antes de salir de casa. Lorenzo se ha ajustado un gorro de lana, pero Sylvia está protegida por la cascada de rizos. Compartían la fila de asientos tapizados, cómodos como los de un cine, con algún jugador no convocado y las esposas de otros, bellezas fabricadas en serie, que en lugar de seguir el partido clavaban los ojos en sus parejas con un leve estremecimiento cada vez que sufrían una entrada brusca. Mira, ésa es la mujer del polaco que lleva el número cinco, dicen que se gastó cien mil euros en un perro de raza, le indica Lorenzo, pero Sylvia no atiende al cotilleo. ¿Y el argentino? ¿Cuál es su novia?, pregunta ella. Ni idea.

Cuando Sylvia tenía quince meses y acababa de soltarse a andar, Lorenzo la observó mirarse en el espejo que entonces había en su cuarto. Llevaba en las manos un tarro de crema de su madre y se la ofrecía a su propio reflejo, convencida de que era otra persona. Lorenzo se vestía sin perder de vista a la pequeña. En un momento dado, Sylvia se asomó detrás del espejo, para tratar de descubrir dónde demonios se escondía la otra niña, esa niña que la miraba y también le ofrecía un tarrito de crema. Repitió el gesto de buscarla varias veces. Lorenzo no le dijo nada, no le explicó nada. Se limitó a mirar, a sonreír mientras disfrutaba de la parsimonia concentrada de la niña frente a su propio reflejo aún desconocido para ella. A veces recordaba ese instante sin saber a ciencia cierta si en eso, en algo tan sencillo como eso, consistía la felicidad.

Ya en otra ocasión Lorenzo había ido al fútbol con su hija. Sylvia tenía ocho años. A la media hora la niña había perdido todo interés y jugaba en su asiento, hablaba sola, miraba alrededor. Volver a estar allí sentado con ella, compartir la bolsa de pipas, localizar con la mirada a una anciana que gritaba desaforada insultos al árbitro y sus familiares o la procedencia del humo de un puro, se le antojaba una recuperación de aquel día. En la puerta de invitaciones Sylvia había recogido un sobre

a su nombre con dos entradas. Las gané en un concurso de la radio, le dijo. Lorenzo la ayudó a cruzar por los tornos de acceso al estadio. En sus asientos preferentes, Lorenzo bromeó, cantó el himno en voz alta y le recitó ambas alineaciones con tiempo para comentar las características de algunos jugadores. Disfrutaba del lujo de volver a compartir un momento con su hija, un raro regalo en los tiempos en que ella disfrutaba de una enorme autonomía.

Pilar había sufrido antes que él la adolescencia de Sylvia. Madre e hija discutían y se enfadaban por nimiedades. La forma de vestir, los prolongados silencios, las maneras en la mesa, sus amistades. Los quince años de Sylvia habían sido definitivos para que Pilar se atreviera a romper la pareja. Aún tenemos mucha vida por delante y ella ya no necesita tanto de nosotros, le había dicho al proponer la ruptura. Lorenzo no alcanza a explicarse cuándo la casa dejó de ser un refugio, la familia una garantía de felicidad, cómo se murió la complicidad, el amor. Cuando quiso darse cuenta las tres personas que compartían techo eran extrañas. Cada uno con sus intereses, sus preocupaciones, sus prioridades. En el caso de Sylvia resultaba normal, fruto de su madurez. Pero en el de ellos, como pareja, era síntoma de algo más turbio, más triste. La pasión se extingue en pequeños acontecimientos sin importancia y un día no queda nada. Lorenzo intuye que en su caída personal hubo un momento en el que Pilar se soltó de su mano y decidió no dejarse arrastrar. Saltó en paracaídas de un avión que se estrellaba. Él estaba demasiado ocupado en evitar su propia catástrofe como para retenerla. No la culpa por no querer compartir el derrumbe.

En el pasado, cuando Lorenzo reflexionaba sobre su relación con Pilar, concluía que ella le hacía mejor persona. Le contagiaba su tranquilidad, su confianza, su generosidad. Le permitió elegir, afianzarse, crecer. Ella celebraba cada avance de él. Entonces la pareja funcionaba como un soporte, como un motor. Casarse, vivir juntos, tener una hija, fueron los escalones

naturales de su sintonía. Cuando nació Sylvia, Pilar renunció al trabajo, pero pasado un tiempo necesitó escapar de la casa que se le caía encima. Siento que mi vida se ha parado, decía. Vagó por trabajos nada satisfactorios hasta encontrar su sitio, pero Lorenzo está convencido de que en ese momento iniciaron caminos divergentes. Caminos que se cruzaban en casa a la noche, en detalles compartidos de la niña, en el sexo rápido de los domingos por la mañana. Se terminó la alianza, se terminó la convivencia y, podía ocurrir, alguien nuevo entró en su vida.

Cuando Pilar anunció su fuga, Lorenzo no pudo retenerla. Conocía bien a su mujer. Si había tomado la decisión nada iba a forzarla a cambiar. Ni una lágrima, ni el propósito de enmienda, ni el chantaje sentimental. Las decisiones de Pilar podían ser lentas, pero bien armadas. Era indulgente, pero sus sentencias definitivas. Así ocurrió. En dos días ya no vivía allí, en cuatro apenas quedaba una pieza de su ropa, en dos semanas pactaron la separación y arreglaron cuentas, hicieron números, dividieron gastos, ahorros. Fue fácil. Ella lo dejó casi todo. Prefiero quedarme en mi casa, les dijo Sylvia. Lorenzo lo entendió como una victoria, una toma de partido, pero sabía también que era la opción más cómoda para ella y la más respetuosa con la nueva vida de su madre. En realidad, pensó, elige su barrio, sus amigos, su instituto, su cuarto, no me elige a mí frente a Pilar.

Desde la separación Lorenzo no había estado con otra mujer. El sexo era algo prescindible, dormido, arrinconado. Demasiados problemas. No tenía el dinero suficiente para aguardar con copas en la noche la llegada de alguien al reclamo de su alma solitaria o su estado de desesperación. Demasiado orgulloso para admitir la derrota. En el amor tampoco iba a mendigar. Todo se resolvería cuando recuperara el lugar que le correspondía.

Buscar trabajo en un área laboral a la baja no fue fácil. Trabajó de comercial a comisión durante tres meses para una empresa de informática, pero el contrato languideció y Lorenzo se encontró en la calle de nuevo, sin la energía de los jóvenes para

enlazar seis o siete propuestas basura durante un año. Gracias a la intervención de un amigo logró un puesto en una distribuidora de material de telefonía, pero las jornadas eran eternas y la química con los compañeros se agrió por un accidente estúpido. Durante uno de los partidillos de fútbol sala que jugaban los jueves después del trabajo en un polideportivo municipal, entró con fuerza a un balón disputado y uno de los chicos más jóvenes de la empresa, un chulito que se prodigaba en regates y caños, salió malparado. Sufrió una fisura craneal, la rotura de la clavícula y una conmoción cerebral que los asustó durante un buen rato. Lorenzo se excusó cien veces y todos lo disculparon como un desafortunado lance del juego, pero dejó de acudir a los partidos, y poco después abandonó el empleo. No tenía fuerzas para hacer amigos nuevos, comenzar relaciones. Por entonces ya especulaba con el golpe que le devolvería algo de lo que era suyo, con la particular manera de obtener justicia. Robar a Paco lo que Paco le había robado a él. Que no era sólo el dinero.

Su padre le había prestado alguna cantidad para sortear las dificultades, no quiero que Sylvia tenga que cambiar su forma de vida. Le preocupaba que su hija sospechara los aprietos económicos, se sintiera una carga y optara por trasladarse a vivir con su madre. Eso sería perderlo todo. Para Lorenzo, desde siempre, el poder era algo físico, que viaja contigo, que se transmite, como una especie de olor corporal. De ahí el empeño en mostrar que todo seguía igual, cuando nada seguía igual.

Por eso la muchacha que cuida al niño de los vecinos había aparecido en el instante oportuno, cuando más necesitaba a gente nueva, que no lo juzgara por lo que había sido, sino por lo que podía ser. Que desconociera la cuesta abajo de la que venía y apreciara su capacidad para remontar.

Cuando le propuso a Daniela llevarla al aeropuerto quedaron citados en la boca de metro. Lorenzo llegó en su coche y ella subió con su amiga. Es Nancy, les presentó Daniela. La

chica tenía embriada la sonrisa en un aparato de ortodoncia. Era a su primo a quien debían recoger en el aeropuerto.

En la terminal de llegadas esperaron más de tres horas el vuelo procedente de Quito y Guayaquil, que sufría demoras constantes. Por el suelo rodaba el biberón de una niña que esperaba a su padre, otras familias aguardaban con gesto inquieto, consultaban el reloj, paseaban arriba y abajo. Todos rostros extranjeros, miradas de desconfianza, tensión. A ratos parecía el duelo a la puerta de una morgue más que la llegada de un avión. Daniela y su amiga Nancy sólo aceptaron de Lorenzo una botella de agua para soportar la espera. Él se interesó por su venida a España, sus condiciones laborales. Ninguna de las dos tenía aún papeles. Trabajaban ambas sin contrato en el servicio doméstico. Daniela decía estar contenta con la pareja del quinto; Nancy era más crítica con la familia de un anciano al que atendía. Compartían piso con otras tres amigas, un primero cerca de Atocha. Nancy tenía una hija en Ecuador, al cuidado de la abuela, a quien enviaba dinero cada mes. Yo no dejé a nadie atrás, dijo Daniela, aunque explicó que sostenía a su madre y sus hermanos pequeños en Loja.

Nancy temía que a su primo lo retuvieran en la aduana. Daniela la tranquilizaba. A medida que avanzaba la espera agradecían con más cordialidad a Lorenzo que las hubiera acompañado. Nada, nada, decía él, pero ellas insistían. Temían a los taxistas españoles, acostumbrados a timar extranjeros, y si Wilson, que así se llamaba el primo de Nancy, venía muy cargado, ir en metro sería una lata. Si le pides el favor a alguien conocido, dijo Daniela, poco menos que se cree con derechos sobre ti. Lorenzo no dijo nada. Pese a las peripecias que contaban, Lorenzo no percibía en ellas asomo de frustración. Interrogaba a Nancy sobre si echaba de menos a su hija, pero si la estoy malcriando, respondía ella, tiene los mejores juguetes del barrio. Daniela sonreía con las mejillas y achinaba los ojos indios bellísimos, rasgados.

Wilson apareció cargado con un montón de paquetes mal envueltos. Era fornido, la cara picada de viruelas, el pelo de alambre negro y un ojo estrábico que vigilaba los alrededores. No llegaba a los treinta años, pero abrazó a su prima con autoridad paternal, con un solo brazo robusto, mientras con el otro, desconfiado, sujetaba el carro de los bultos. Lorenzo percibió que con Daniela el saludo fue algo más distante luego de que ella diera un paso hacia él para intercambiar dos besos. Es un conocido que nos trae en su carro, presentaron a Lorenzo.

Lorenzo los acompañó hasta el piso. Tenía un pequeño saloncito que comunicaba con la entrada y un largo pasillo en el que se alineaban habitaciones. Era antiguo, con la pintura de las paredes a medio descascarillar, puertas enormes de madera combada. Dos ventanas en el salón daban a la espalda de la estación de Atocha, el resto se orientaba hacia un oscuro patio interior. Cuando el atentado, estallaron los cristales. Fue espantoso, explicó Nancy. Estuvimos buscando a una amiga, por muchas horas creímos que estaba muerta, pero luego apareció en un hospital, con una pierna destrozada. Tuvo suerte, le van a dar papeles.

Daniela y Nancy se empeñaron en que Lorenzo se quedara a comer y prepararon un guiso de arroz con carne de chivo llamado seco que acompañaron con una botella de dos litros de coca-cola. Pese a los grandes radiadores de hierro distribuidos por las paredes, en el salón había una pequeña estufa de butano. Mientras las chicas trajinaban en la cocina, Lorenzo habló con Wilson en el sofá, que esa noche se transformaría en su cama. Llegaba sin trabajo, con un visado de turista, pero convencido de que al día siguiente algo encontraría. Al notar el interés de Lorenzo por su situación le preguntó ¿y tú en qué trabajas? Lorenzo se turbó antes de contestar. Ahora de nada, estoy desempleado. Pero Wilson lo tomó como una gran noticia, ¿y por qué no ponemos algo juntos? Un flete, cualquier cosa. En Ecuador, Wilson trabajaba de chófer. Lo mismo ca-

miones que coches de protocolo, un tiempito también trabajé de guardia para un tipo que tenía una hacienda enorme en San Borondón. Pero aquí no te valdrá el carnet de allá, le dijo Lorenzo. Total, contestó Wilson, y añadió con una sonrisa franca, puedo usar tu licencia, nos parecemos un poco, ¿no? Salvo por el ojo loco. Lorenzo rió.

Wilson se desvaneció poco después de comer, rendido por el cambio horario. Para entonces Lorenzo ya estaba cautivado por su disposición. Le había escuchado las propuestas. Si tú tuvieras una furgoneta mañana mismo funcionábamos como una empresita, acuérdate de mí para lo que necesites, ya ves qué hago si no encerrado en casa con estas cinco mujerotas, y Wilson sonrió con complicidad. Lorenzo se escudó en que buscaba otro tipo de trabajos, pero lo pensaré. Luego bajó con Nancy y Daniela y otras dos compañeras de piso a un bar cercano, de ambiente ecuatoriano. Era el único extranjero en el local anexo a un locutorio de dominicanos que se llamaba Caribe-phone. El bar se presentaba con un letrero de letras adhesivas naranjas pegadas a la cristalera de entrada como Bar Pichincha. Su viejo nombre español, Los Amigos, permanecía en el exterior, sobre la puerta, inalcanzable al parecer excepto para una pedrada que lo había desmembrado. Era un espacio amplio con una barra alta y cristalera alrededor, con suelo de terrazo y mesas metálicas en las que gran parte de la concurrencia aún terminaba de comer.

Nadie miró a Lorenzo cuando se acercó a la barra y las chicas le rodeaban, pero él se sentía incómodo, extranjero en aquel lugar que pertenecía a otro clima. La música de fondo lo trasladaba de país, también los rostros. Daniela llevaba una camiseta ceñida, de color negro, con unas letras bordadas en plata que decían «Miami» que a veces recibían un mechón de su pelo lacio. Había gente de pie que se acercaba a hablar con Nancy o Daniela y poco después Lorenzo se encontró aislado con su café con hielo. Daniela se percató y volvió con él. Aquí veni-

mos mucho. Claro, claro, dijo él. Entablaron una conversación privada, al margen del entorno. Él le preguntaba por su trabajo, ella hablaba del resto de vecinos del edificio. Del hombre del segundo B que una vez, con descaro, se pegó a ella en el ascensor. Fue superfeo, a veces los españoles se creen que todas somos putas o algo así. Lorenzo sonrió. ¿El del segundo B? Si es un militar retirado. ¿Retirado? Será del ejército, porque de lo otro. Ella dijo *lotro*, uniendo las palabras. Ambos rieron, pero ella se cubrió la boca, como si recibiera una descarga de vergüenza tras decir la frase.

Daniela le explicó que casi todos los domingos por la mañana acudía a la iglesia, pero que aquel día había hecho una excepción para acompañar a su amiga. ¿Tú eres creyente?, le preguntó de pronto. Lorenzo se encogió de hombros. Sí, bueno, creo en Dios, pero no practico... Mucha gente en España es igual, le dijo ella. Es como que ya no necesitaran a Dios. Pero si no se cree en Dios no se cree en nada. Lorenzo no supo muy bien qué decir. Miró alrededor. No parecía lugar adecuado para una conversación mística. Ella prosiguió, y pensar que fueron los españoles quienes llevaron la religión a América. Sí, entre otras cosas, dijo Lorenzo. Resonaba la músicaailable.

Un tipo corpulento se acercó a la barra por el lado de Lorenzo. Al acodarse le empujó de manera evidente. Lorenzo se volvió para mirarlo, pero no dijo nada. El tipo le clavó unos ojos negrísimos, desafiantes. Era grueso, no demasiado alto, con la rotundidad física de un frigorífico. Me voy a tener que marchar, dijo Lorenzo. No le hagas caso, toman demasiado y se ponen violentos. No, no, no es por eso, dijo Lorenzo tras acercarse a ella y distanciarse del tipo de la barra. Tengo a mi hija en casa y sigue con la pierna escayolada.

Se despidió de Nancy, que hablaba animada con sus amigas, y Daniela sintió la necesidad de acompañarlo hasta la puerta, como si lo protegiera. Gracias de nuevo. Lorenzo le quitó importancia. Dile a Wilson que cualquier cosa que necesite me

llame. Daniela pareció sorprenderse, ah, bueno, aunque no tengo tu teléfono. Lorenzo rebuscó en su cazadora sin encontrar algo para escribir. Es igual, dijo ella, sé dónde vives. Se despidieron con dos besos en las mejillas. En el segundo Lorenzo rozó con su nariz el pelo de ella. Oía a camomila.

Lorenzo se reunió con Sylvia, que había comido en casa de los abuelos. Él había telefonado antes, no me esperéis, me quedo con unos amigos. Se sintió un poco avergonzado de mentir a su padre, pero le resultaba difícil explicar que se quedaba a comer en casa de la chica que cuidaba al niño de la pareja del piso de arriba. Sylvia estaba con la abuela, en el dormitorio. Jugaban a las damas sobre la cama con el tablero que se inclinaba deslizando las fichas. Leandro caminaba por el pasillo, inquieto. Lorenzo habló con él del estado de Aurora, está más animada. Le gusta ver a su nieta, dijo Leandro, con ella finge que se encuentra bien. Creo que me voy a comprar una furgoneta, le dijo a su padre, quiero buscar algo por mi cuenta, estoy harto de trabajar para otros. Lorenzo no arrancó de Leandro el entusiasmo que esperaba. Su padre le ofreció dinero, aunque ahora no andamos muy bien. No, no, se negó Lorenzo, tengo, he ganado algo con unas cosillas, pero prefirió ocultar que se refería a la indemnización por el atropello de Sylvia.

El primer día que Sylvia montó en la furgoneta fue camino del fútbol. Estaba harto del coche, con esto por lo menos puedo buscar trabajillos. Era caótico acercarse al estadio, pero quería dejar a Sylvia en un bar cercano para que no tuviera que andar demasiado. Los amigos de Lorenzo, Óscar y Lalo, se encontraron con ellos. Era el lugar de cita habitual. Cuando faltaba aún una hora para el partido se llenaba de gente. Siete cañitas, se oía de pronto, otra ronda por aquí. Al comprobar las entradas de Sylvia uno de ellos saltó un silbido. Qué buen asiento, si estiras la mano puedes agarrar a los jugadores.

Y casi era así. Aunque pocas veces Ariel se acercó a esa zona. En la segunda parte, para alcanzar a verlo desde el asiento

de Sylvia había que forzar la vista. El partido no está siendo brillante. Lorenzo quiso explicarle a Sylvia algunas jugadas, pero ella no prestaba atención. Al diez lo están friendo a patadas. El diez era Ariel Burano. Es precisamente ese jugador, a poco tiempo para el final, el que aprovecha un barullo en el área para empujar el balón dentro de la portería. Sylvia ha levantado los puños para celebrar el gol. Lorenzo la aprisiona entre sus brazos y los dos liberan una alegría desmesurada. Ha sido el diez, dice ella. Lorenzo siente el cuerpo de su hija pegado al suyo y saborea el momento. Cuando era niña la estrujaba entre sus brazos o le hacía cosquillas y le daba mordiscos cariñosos, pero al quedar atrás la niñez también se perdió el roce cotidiano.

Siempre tuvo envidia de Pilar porque ella compartía los momentos más íntimos con Sylvia a medida que cumplía años. Recuerda la noche en que Pilar le contó que había encontrado a la niña llorando en la cama, cuando fue a comprobar si estaba dormida. ¿Por qué lloraba? Pilar sonrió, pero sus ojos estaban húmedos. Dice que no quiere hacerse mayor, que le da miedo. Que no quiere dejar de ser como es. ¿Y tú qué le has dicho?, preguntó Lorenzo. Pilar se había encogido de hombros. Qué quieres que le diga, si tiene razón. Y a la mañana siguiente Lorenzo había ido a despertarla para llevarla al colegio y trató de hablar del asunto con la niña. Ella no se mostraba demasiado interesada en escuchar, como si el supuesto trauma se hubiera desvanecido durante la noche. Pese a todo, Lorenzo le habló, ya verás que la vida tiene siempre cosas bonitas, a cualquier edad, si yo me hubiera quedado siempre siendo un niño, nunca habría conocido a tu madre y tú nunca habrías nacido. Sylvia reflexionó durante un segundo a la puerta del colegio. Ya, pero tú cuando eras pequeño no sabías todo lo que te iba a pasar después, eso es lo malo. En ese momento Sylvia no debía de tener más de ocho o nueve años.

Ariel, después de liberarse del abrazo de sus compañeros, que lo habían sepultado bajo sus cuerpos junto al banderín de

córner, corre hacia el centro del campo y celebra los aplausos del público. El tanto es obra del número diez Ariel Burano Costa, anuncia una voz eufórica por megafonía. Un gol feo, pero que vale igual que uno bonito, dice Lorenzo. A ver si ahora se abren un poco estos cabrones y hay más oportunidades. Pero no va a pasar. El partido se enfría. Los últimos minutos discurren sin apenas oportunidades, los dos equipos parecen asumir el resultado. A cinco minutos del final, Ariel es sustituido. Camina hacia la banda, sin prisa. Es aplaudido, aunque se escuchan algunos silbidos. ¿Por qué silban?, pregunta Sylvia. Encima de que ha marcado el gol. Lorenzo se encoge de hombros. A la gente no le convence. Demasiado artista.

4

Ariel deja correr el agua caliente sobre su cuerpo. Ni así consigue arrancarse el frío de los huesos. Cuando las cosas salen bien, el vapor condensado en el vestuario, en el área de las duchas, se asemeja al cielo, al paraíso prometido. Llega el silbido de uno, la broma de otro, alguien que finge una voz de mujer, otro que pide el champú. Ni rastro de ese silencio espeso, de las miradas bajas, del gesto torcido de los días de derrota. Al portero checo lo llaman Canelón por el tamaño de su polla y esa noche no se libra de las bromas de Lastra que le grita, ya te traigo el escobón para que alcances a frotarte el capullo. El domingo pasado Ariel había marcado el gol de la victoria en su estadio y este sábado el segundo llegó en una jugada suya. En Valladolid, con un viento que desviaba el balón en el aire, hubo que marcar las rayas de una portería de rojo porque el césped se heló y Ariel tenía la sensación de jugar sobre cuchillas de afeitar. En la misma línea de fondo eludió la entrada de dos defensores y se enfrentó al portero casi sin ángulo. Dio un pase atrás y el delantero que llegaba en carrera sólo tuvo que soplar la pelota a la

ÍNDICE

Primera parte	
¿ES ESTO DESEO?	11
Segunda parte	
¿ES ESTO AMOR?	153
Tercera parte	
¿ÉSTE SOY YO?	295
Cuarta parte	
¿ES ESTO EL FINAL?	463